

"TEORIA DEL NOUS"



“TEORIA DEL NOUS”

Por Emilio Oribe

Después de un largo y brillante noviciado poético, durante el cual parecía buscar como los navegantes polares un paso practicable a través de la barrera de hielo, Emilio Oribe acaba de entrar con las velas desplegadas en los dominios de la filosofía. Esto no es, todavía, “la Filosofía”, así, con mayúscula, es decir, una construcción sistemática, geométrica, incommovible, a la manera solemne de un Descartes, de un Leibnitz, o de un Spencer. No. Nuestro siglo agitado y catastrófico, no parece maduro aún para sistematizadores de esa clase, sino, más bien, para tanteos mesurados, prudentes exploraciones de las grandes incógnitas en busca de las nuevas respuestas, a la manera viva de un Scheler, o envueltos en la elegancia dialéctica de Bergson o en el suave diletantismo de un Benedetto Croce. Se ve bien claro que Oribe se mueve con toda comodidad en este ambiente para el que fué creado y que ya se adivinaba en sus versos más recientes, rígidos y fríos, cargados de sustancia y llenos de inquietos interrogantes. Su temperamento laborioso y reconcentrado se ha abierto ahora en esta rica floración de “Teoría del Nous”, en que

reivindica valientemente los fueros desdeñados del pensamiento sobre las orgías de la acción, aportando la sabiduría de su palabra, hija de mil silencios fecundos, al maremagnum del frenesí actual, que redivive, tantos siglos después, el mito expresivo de la confusión de las lenguas al pie de la Torre de Babel, definitivamente inconclusa.

* * *

Muy joven aún, —encantadoras aventuras de la vida estudiantil—, Emilio Oribe, que es médico, comenzó a rimar sus sueños, dejándose resbalar al principio por el tobogán del modernismo expirante. Poco a poco, en silencio, fué cultivando su campo y cosechando sus propios ritmos cargados de tanta médula que a veces entorpecían su expresión verbal. Descubrió también, en extasiadas exploraciones, los paisajes bravíos de sus pagos fronterizos, los mismos a los que Juana de Ibarbourou llama “mis fuertes campos de Cerro Largo”, y que Zavala Muniz describe al “ralenti” en sus novelas. Más tarde el Amor llenó sus labios de candidas melodías; y se enfrentó, maravillado, al mar intenso y sin reposo; y visitó viejas ciudades ilustres, coronadas de torres armoniosas. Después logró reconcentrarse totalmente en sí mismo y se dejó llevar por su impulso puro, como el yacht por el viento. Seis libros de versos se escalonan así, armoniosamente, a través de veinte años de labor lenta y ascendente, que no presenta una laguna ni una defección. Libros que llevan títulos simbólicos que son ya de por sí banderas y programas y sintetizan su manera y sus preferencias: “El nar-

do del ánfora”, “El castillo interior”, “El halconero astral y otros cantos”, “La colina del pájaro rojo”, y “La transfiguración del cuerpo”. A través de estos féreos eslabones circula la personalidad de Oribe fuertemente ensamblada como la sucesión regular de varios acordes que se suceden para la edificación de una frase musical. Pero no es eso sólo. Casi sin antecesores, —creo que nadie más en el país que Pedro Figari y Eduardo Dieste—, Oribe concibe y lanza después de darlo a conocer parcialmente en conferencias leídas en la Universidad, ese gran libro prieto y rico a la vez que tituló “Poética y plástica”, en el que fija con estilo tranquilo y sólido, sus inquietudes estéticas. El poeta canta su canto pero no se conforma con eso; escudriña también, armado de intuición y análisis, el secreto de su canto. No le basta con poseer el juguete maravilloso: como los niños quiere, además, saber lo que tiene dentro.

* * *

Ahora, más adulto y estructurado, nos ofrece esta “Teoría del Nous”, esculpida en párrafos de diversa extensión a la manera de los brevariarios de los moralistas franceses. Todo lo que espelnde en estas trescientas páginas de prosa limpia y musical está bajo la advocación del símbolo filosófico como bajo un signo dominante y omnipresente. El espectáculo actual del mundo obra como un revulsivo y lo hiere en sus fibras más íntimas y delicadas. Aunque esté dentro de él, Oribe no pertenece a ese mundo que ni siquiera tiene la dicha de ignorar como tantos otros hombres felices que resbalan

al margen de los acontecimientos sin darse cuenta de ellos. Levanta sus ideas como un pendón de batalla y se refugia en la última almena del pensamiento puro, hasta donde nunca jamás podrán llegar sus adversarios. Flanqueando fáciles acomodamientos dialécticos sostiene con Platón que el mundo no es sino una emanación de nuestro intelecto y a través de Renouvier y Benda, —el anti-Bergson—, desconfía del reino miliunachesco de la subconciencia en donde acontecen cosas que no podemos someter al control de nuestra inteligencia ni de nuestra voluntad. Buscando algo que interpretara lo más fielmente posible su propósito halló el “Nous”, la indecisa y enigmática concepción de Anaxagoras de Claxomenes, uno de los más originales representantes de la filosofía helénica pre-socrática. El “Nous” es una especie de fluido espiritual que penetra, impregna, vivifica todas las cosas dándoles una significación inteligente. Es, a la vez, el Espíritu y la energía, la fuerza y el origen del movimiento y por lo tanto de la vida. Ese “Nous” posee los atributos del Dios único concebido más tarde por los pueblos no helénicos, ya que el mismo Anaxagoras lo describe así: “Todas las cosas participan en cierta medida de cada cosa, mientras que el “Nous” es infinito y autónomo y no está mezclado con nada sino que es él solo, él mismo y por sí mismo”. Al filo de los siglos viene a renacer este símbolo olvidado en una modesta ciudad americana que no se destaca, precisamente, por sus preocupaciones filosóficas. Oribe vuelve a él, y lo remozca, y lo actualiza, y lo coloca por encima y por dentro de la realidad y le da interpretaciones múltiples aunque coincidentes con su orientación y en su finalidad. En estas socieda-

des en que alientan turbias democracias vuelve a establecer y afirmar jerarquías, como Renán y Rodó, y reclama su imperio para la salvación de los hombres. El “Nous” a través de sus conceptos, es la suprema libertad, el expandirse la personalidad en círculos sin fin, la vibración creadora jamás interrumpida en su función vitalista. El anti-Nous es el cristalizado, el repetidor, el administrativo, el falto de imaginación, el práctico, el activo en el sentido físico de la palabra. Por encima de las vanas agitaciones diarias el “Nous” ofrece el plácido remanso en que la personalidad afinada y autónoma puede dar de sí todo lo que ha traído del misterio incommensurable de la sucesión de los tiempos. En último término, el “Nous” es “la categoría de las categorías, o sea el modo esencial de ser”. “El “Nous” no es la sola inteligencia; no es el espíritu tampoco. Es una categoría superior a ambos: se alimenta de esas fuentes y del Amor. Antes, más bien, más exacto sería decir que Inteligencia, Espíritu, Amor son descendientes del Nous...”.

* * *

Oribe vapulea enérgicamente al hombre de acción, a ese espécimen corriente en nuestro tiempo, de hombre atormentado por la fiebre de hacer que hace. Los prácticos no son, —Vaz Ferreira—, más que míseros imaginativos que no levantan la frente del suelo a que están adheridos. “Por abundancia de potencias vitales somos mendigos y moriremos por falta absoluta de necesidades metafísicas y religiosas. De todos los desequilibrios hemos elegido el peor”. Verdad inmensa que es inca-

paz de comprender el hombre lanzado al torbellino de la vida, de los negocios, de la política, de las ambiciones, como la piedra por la honda. Los hombres gastan sus energías sin motivo y sin ritmo como condenados a hacerlo, sin sentido alguno que lo justifique. Dante no tiene en su famoso libro un castigo como el que azota a la humanidad de hoy, incapaz de una hora de sana tranquilidad, agotándose en una danza frenética alrededor de los mismos errores. La acción —insiste— conduce al automatismo; penetrar en los imperios de la acción es automatizarse. La impulsividad agresiva es una forma de mecanización del movimiento primitivo. En vez de mirar con simpatía a los jóvenes que se lanzan a la acción social o política, los contempla con tristeza: "Cuando los jóvenes se libran de esa fiebre ingenua, de esos estremecimientos inútiles, quedan con lesiones irreparables en el sistema de ideas y se sienten debilitados para poder enfrentar los problemas esenciales de la razón."

Es muy difícil asir el contenido de un libro como éste en que la savia espesa y perfumada revienta por todas partes. Los libros fragmentarios son los más fáciles de leer pero los más difíciles de sintetizar. Aquí no hay argumento y casi ni se nota estructuración. Estas páginas fueron escritas en distintos momentos y aunque las unifica el temperamento del autor, su estilo personal y el estilo de la obra, la luz que las impregna se expande hacia todos los costados sin que sea posible fijarla. Estos libros de reflexiones son los más ricos en sugerencias y el lector inteligente, de cada línea leída arranca en vuelo autónomo. Oribe se expresa en sentencias y en metáforas, como que hay en él, en feliz y es-

trecho dualismo, un pensador y un poeta. Dice: "La piedra filosofal esconde fatalmente en su interior otra piedra filosofal; por eso no vale la pena descubrirla: siempre habrá que descubrir otra". Y dice también: "Las más hermosas palabras son las palomas providenciales del poeta: siempre vendrán con una idea en el pico". Pero todo su libro es un alegato en favor de la misma causa; un ardiente combate por la misma Dúrcinea. El mundo actual se barbariza porque desdeña el espíritu y hay necesidad de restablecer el equilibrio perdido y volver a crear civilización con la herramienta de la cultura intelectual. Una especie de misticismo ennoblecce su palabra y da fulgor a sus pupilas. No hay movimiento ni acción profundos y fecundos fuera de los dominios del pensamiento. La vida no puede definirse por la categoría física inferior del desplazamiento sino por la intensidad del latido interior que atestigua en nosotros la presencia de la divinidad. Colocándose donde Valery, considera la obra de arte como una emanación del pensamiento y no como un efecto de la pasión o del sentimiento. Lo artístico es, por antonomasia, el orden, la armonía, la cadencia, el ritmo, y todo ello desdice los impulsos incontrolados del instinto, las cálidas violencias de la animalidad. Por eso los griegos son sus maestros, porque fueron capaces de domesticar dioses y pasiones, y de hacerlos marchar armoniosamente, sumisos a las riendas doradas de la razón.

* * *

Figuran, también, en este libro, tres valiosos estudios que armonizan con su plan constructivo y lo

completan con una nueva aportación estética. Uno, muy extenso, sobre Goethe; y otros dos menos prolongados pero igualmente brillantes, sobre María Eugenia Vaz Ferreira y Carlos Reyles. Es evidente que el tipo de Goethe, vida y obra paralelas una a otra como en ningún otro artista, es el ideal que mejor puede responder al concepto que se ha formado Oribe de hombre superior o genio integral. La obra del semi-dios de Weimar tiene distintos aspectos, explicables por las fluctuaciones de la época, las inclinaciones pasajeras. Pero a Oribe le interesan, preferentemente, dos aspectos de Goethe. En primer lugar, el helénico, el clásico, el perdurable y ejemplar a su juicio, y el que era, íntimamente, por la fuerza irresistible de su naturaleza superior. Hubo en Goethe uno de los más famosos avizores del romanticismo, un evocador de las leyendas medioevales, un gótico, por lo tanto. Su principal obra fué bebida en esa fuente turbia y agotada, fué el Fausto legendario, astrólogo y brujo, transmitido de literatura en literatura hasta que el genio germánico lo fijó definitivamente en rasgos imperecederos. Hubo también en Goethe, el amante sensiblero y desesperado de la virtuosa Carlota, el joven Werther que termina poniendo fin a una vida que el amor ha hecho insoportable. Pero para Oribe no es ese el auténtico Goethe, sino el que se atreve a resucitar de nuevo el mito rebelde de Prometeo ampliándolo con magníficas escenas; el que presta otra significación al sacrificio de Ifigenia; el que en el "segundo Fausto" da entrada a personajes y mitos helénicos; el que traza los diálogos serenos y armoniosos de Hermann y Dorotea; el que conversa con Eckermann sobre los hechos y los

hombres con la profundidad y la inspiración de un filósofo ateniense. Porque para Oribe —y esta es la otra faceta a que me refería,— había en Goethe un verdadero filósofo, cosa que ha sido muy poco tenida en cuenta por la mayoría de sus biógrafos y críticos. "El mismo Goethe, —dice,— con toda seguridad, nunca tuvo el afán de ser considerado como filósofo. No le preocupó directamente la flagelante disciplina, aunque su genio haya tocado en varias oportunidades en la soterrada influencia de los problemas fundamentales: el ser, la vida, el pensamiento y el destino y los fines de los hombres y de las artes. En repetidos episodios sus personajes se adentran en la naturaleza metafísica, viven en esa grandeza o nos conducen hacia ella sin que Goethe se haya propuesto concretamente una hazaña exhaustiva de principios, ni ser tenido por filósofo de algún sistema concreto". No hay duda que ante todo y sobre todo, y en el grado más alto de la realización posible, hubo en Goethe un artista integral, el que, en sentir del autor, es siempre un filósofo, pero que está aún más allá de la filosofía. De ahí esas intuiciones, esas adivinaciones maravillosas de los artistas, a las que difícilmente pueden llegar las especulaciones laboriosas y racionales de los filósofos. La frase de Beethoven: "La música es una revelación más alta que la filosofía" es una gran verdad, pero no aplicada a un arte ni a una clase de artista, sino al Arte y al Artista, sea cual fuere su medio de expresión.

Las páginas destinadas a la recordación de aquella poetisa que fué María Eugenia Vaz Ferreira, constituyen una evocación pasmosa por su verdad y su penetración, de ese altísimo espíritu en el que luchaban

un cerebro lúcido y potente y un corazón desbordado y ardoroso. Nada se ha escrito en nuestro país, más sentido y exacto que este estudio sintético, que en pocos párrafos encierra innúmera sustancia. Es algo así como un expresivo retrato en el que el dibujante sólo ha trazado las líneas indispensables y que por eso mismo resulta más fiel y vigoroso. Es, verdaderamente, María Eugenia, —la persona tan sugestiva y atrayente como la obra,— la que palpita en esas líneas emocionadas y admirativas que constituyen el mejor, y el que a ella le hubiera agradado más, de los homenajes. Era así el alma límpida y desconcertante de aquella que un día hastiada de todo y traspasada de la nostalgia de la eternidad se dejó morir sonriente y desesperada a la vez...

Al referirse a Reyles, Oribe apunta algunas sugerencias que pueden servirle para un estudio más completo, que no dudo ensayaré. Visto en conjunto, impresionálo la fidelidad de este escritor, que también ha hecho filosofía, hacia un orden de ideas que estructura sólidamente toda su obra. Admirálo también su estilo viril y armonioso, noblemente mantenido siempre, menos clásico que el de Montalvo, menos helénico que el de Rodó y estremecido con la vibración nietzscheana y el fervor dionisiaco. Reyles que ha estudiado a los hombres en sus novelas y que ha hecho hablar a los dioses en sus "Diálogos olímpicos" representa una clase de escritores poco común en nuestra América en donde la improvisación y el impulso instintivo no han hecho lugar aún a las sólidas construcciones del pensamiento y de la cultura. Acéptense o no sus ideas, impregnadas de un nietzscheanismo literario sumamente

discutible en ocasiones, hay que reconocer en Carlos Reyles a uno de los más altos espíritus de nuestra América y a uno de sus estilistas más personales y mejor logrados.

Rico y fuerte este libro, del que no puedo pretender haber dado una idea medianamente satisfactoria. Libro de afirmaciones y de orientaciones; medular y armonioso; bien construído con materiales perdurables capaces de desafiar victoriosamente el desgaste de los días. Libro lleno de voces imperativas que se abren en abanicos de ecos que nos detienen al borde de nuestros descuidos y de nuestras distracciones y nos obliga a incorporarnos a su espiral ascendente y sin fin. Libro que nos invita a la reflexión y a la rectificación de conceptos con áspera sinceridad y tono cordial y amigo. Emilio Oribe consagra con él, definitivamente, un nuevo aspecto, y el no menos interesante, de su personalidad literaria y robustece su nombre ya bien cimentado, con la aureola de nuevos prestigios.

1935.